



Celebración Pascua

MODO RESURRECCIÓN: CORAZÓN CARGADO

1. Introducción

Bienvenidos a esta Eucaristía de Pascua.

Hoy no celebramos simplemente una fiesta más del calendario.

Hoy celebramos que la vida ha vencido, que la luz ha

atravesado la oscuridad y que el amor de Dios no se ha quedado en la cruz... sino que ha abierto un camino nuevo. Durante la Cuaresma hicimos un camino. Un camino de parada, de revisión, de limpiar lo que sobraba, de volver a lo esencial. Fue un tiempo de “reset”, de mirar hacia dentro, de reconocer lo que nos pesa, lo que nos desconecta, lo que nos apaga.

Pero hoy todo cambia. Hoy entramos en Modo Resurrección. Ya no estamos en modo ahorro. Hoy estamos llamados a vivir con el corazón encendido, con la batería llena, con una energía que no viene de fuera... sino de dentro. Porque la Pascua no es que todo vaya bien. La Pascua es saber que, pase lo que pase, Dios está vivo en ti. A lo largo de estas semanas hemos ido descubriendo algo importante: que hay actitudes que nos vacía y otras que nos llenan. Que hay formas de vivir que nos desconectan y otras que nos ponen en conexión profunda con la vida, con los demás y con Dios.

Hoy comenzamos esta Eucaristía con una certeza: Jesús ha salido de la tumba y quiere encender también nuestra vida.

Hoy venimos a celebrar que ya no estamos en “modo ahorro”... Estamos en Modo Resurrección. A veces vivimos como los discípulos: con miedo, con dudas, en modo avión... pero hoy Jesús vuelve a entrar en nuestra vida y nos dice: “Paz a vosotros” Hoy venimos a enchufarnos otra vez a dejar que Dios nos recargue por dentro.

Jesús ha salido de la tumba para decirnos que la vida no se vive a medias, sino con pasión. Hoy nos reunimos para celebrar que estamos conectados a la mejor red del mundo: la de Nazaret. 125 años después de que San José Manyanet nos dejara su herencia, seguimos aquí, con el brillo de pantalla al máximo, listos para celebrar que Jesús está vivo y nos quiere con el corazón cargado.

2. Acto penitencial

Señor, muchas veces vivimos desconectados... con el corazón apagado, sin ganas, sin ilusión. Porque desconfiamos, porque nos dejamos llevar por lo negativo, porque nos olvidamos de que Tú estás con nosotros. Hoy queremos hacer un pequeño reset.

- Señor Jesús, porque muchas veces vivimos desconectados de Ti, poniendo nuestro corazón en “modo avión” sin darnos cuenta. Porque nos cuesta parar, escucharte y confiar, y preferimos llenarnos de ruido, de distracciones y de cosas que nos alejan de lo importante. Porque dudamos, como Tomás, y necesitamos ver para creer, olvidando que Tú sigues estando aunque no te sintamos. Señor, ten piedad
- Cristo, porque buscamos llenar nuestra vida con cosas que no nos llenan de verdad. Porque nos dejamos llevar por la presión, por las apariencias, por la necesidad de encajar o de gustar, y acabamos perdiendo lo mejor de nosotros mismos. Porque seguimos voces que no nos hacen bien y no sabemos reconocer la tuya en medio de tanto ruido. Porque a veces criticamos, juzgamos o ignoramos y descargamos no solo nuestro corazón, sino también el de los demás. Cristo, ten piedad
- Señor Jesús, porque nos cuesta amar de verdad, estar presentes, cuidar los detalles, y ser luz en la vida de otros. Porque muchas veces elegimos la comodidad, la indiferencia, el “pasar de todo”, en lugar de comprometernos. Porque dejamos que el miedo, la inseguridad o el cansancio apaguen nuestro entusiasmo y vivimos con el corazón a medio gas. Señor, ten piedad

Que Dios, que no se cansa de buscarnos, nos perdone, nos recargue por dentro y nos ayude a vivir con el corazón en modo Resurrección. Amén

3.Lecturas

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 2, 14.22-33

“Pedro habla después de la Resurrección. El que antes tenía miedo, ahora habla con fuerza. Porque cuando alguien se encuentra de verdad con Jesús, algo cambia dentro.”

Lectura de los Hechos de los apóstoles:

Entonces Pedro, puesto en pie junto con los otros once apóstoles, dijo con voz fuerte: “Judíos y todos los que vivís en Jerusalén, sabed esto y oíd bien lo que os voy a decir: Escuchad, pues, israelitas, lo que voy a decir: Como bien sabéis, Jesús de Nazaret fue un hombre a quien Dios acreditó ante vosotros haciendo por medio de él grandes maravillas, milagros y señales. Sin embargo, a ese hombre, que fue entregado conforme a los planes y propósitos de Dios, vosotros lo matasteis, crucificándolo por mano de hombres malvados. Pero Dios lo resucitó, liberándolo de los dolores de la muerte, porque la muerte no podía tenerle dominado. El rey David, refiriéndose a Jesús, dijo:

“Yo veía siempre al Señor delante de mí;
con él a mi derecha, nada me hará caer.

Por eso se alegra mi corazón
y mi lengua canta llena de gozo.

Todo mi ser vivirá confiadamente,
porque no me dejarás en el sepulcro
ni permitirás que se descomponga
el cuerpo de tu santo siervo.

Me mostraste el camino de la vida
y me llenarás de alegría con tu presencia.”

Hermanos, permitidme deciros con franqueza que nuestro antepasado David murió y fue enterrado, y que su sepulcro está todavía entre nosotros. Pero David, que era profeta, sabía que Dios le había prometido con juramento que pondría por rey a uno de sus descendientes. David previó la resurrección del Mesías, y la anunció por anticipado diciendo que no quedaría en el sepulcro ni su cuerpo se descompondría. Pues bien, Dios ha resucitado a ese mismo

Jesús, y de ello somos todos nosotros testigos. Enaltecido y puesto por Dios a su mano derecha, recibió del Padre el Espíritu Santo prometido, el cual, a su vez, él repartió. Eso es lo que estáis viendo y oyendo.

Salmo responsorial: Salmo 15 – *“Señor, me enseñarás el sendero de la vida.”*

Señor, me enseñarás el sendero de la vida.

Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti;
yo digo al Señor: «Tú eres mi bien».

El Señor es el lote de mi heredad y mi copa,
mi suerte está en tu mano.

Bendeciré al Señor que me aconseja;
hasta de noche me instruye internamente.

Tengo siempre presente al Señor,
con él a mi derecha no vacilaré.

Por eso se me alegra el corazón,
se gozan mis entrañas y mi carne descansa serena:
porque no me entregarás a la muerte
ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción.

Me enseñarás el sendero de la vida,
me saciarás de gozo en tu presencia,
de alegría perpetua a tu derecha.

Evangelio: Lucas 24, 13-35. *“Los discípulos de Emaús”*

Del evangelio según San Lucas

Dos de los discípulos se dirigían aquel mismo día a un pueblo llamado Emaús, a unos once kilómetros de Jerusalén. Iban hablando de todo lo que había pasado. Mientras conversaban y discutían, Jesús mismo se les acercó y se puso a caminar a su lado. Pero, aunque le veían, algo les impedía reconocerle. Jesús les preguntó:

–¿De qué venís hablando por el camino?

Se detuvieron tristes, y uno de ellos llamado Cleofás contestó:

–Seguramente tú eres el único que, habiendo estado en Jerusalén, no sabe lo que allí ha sucedido estos días.

Les preguntó:

–¿Qué ha sucedido?

Le dijeron:

–Lo de Jesús de Nazaret, que era un profeta poderoso en hechos y palabras delante de Dios y de todo el pueblo. Los jefes de los sacerdotes y nuestras autoridades lo entregaron para que lo condenaran a muerte y lo crucificaran. Nosotros teníamos la esperanza de que él fuese el libertador de la nación de Israel, pero ya han pasado tres días desde entonces. Sin embargo, algunas de las mujeres que están con nosotros nos han asustado, pues fueron de madrugada al sepulcro y no encontraron el cuerpo; y volvieron a casa contando que unos ángeles se les habían aparecido y les habían dicho que Jesús está vivo. Algunos de nuestros compañeros fueron después al sepulcro y lo encontraron todo como las mujeres habían dicho, pero no vieron a Jesús.

Jesús les dijo entonces:

–¡Qué faltos de comprensión sois y cuánto os cuesta creer todo lo que dijeron los profetas!

¿Acaso no tenía que sufrir el Mesías estas cosas antes de ser glorificado?

Luego se puso a explicarles todos los pasajes de las Escrituras que hablaban de él, comenzando por los libros de Moisés y siguiendo por todos los libros de los profetas. Al llegar al pueblo adonde se dirigían, Jesús hizo como si fuera a seguir adelante; pero ellos le obligaron a quedarse, diciendo:

–Quédate con nosotros, porque ya es tarde y se está haciendo de noche.

Entró, pues, Jesús, y se quedó con ellos. Cuando estaban sentados a la mesa, tomó en sus manos el pan, y habiendo dado gracias a Dios, lo partió y se lo dio. En ese momento se les abrieron los ojos y reconocieron a Jesús; pero él desapareció. Se dijeron el uno al otro:

–¿No es cierto que el corazón nos ardía en el pecho mientras nos venía hablando por el camino y nos explicaba las Escrituras?

Sin esperar a más, se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los once apóstoles y a los que estaban con ellos. Estos les dijeron:

–Verdaderamente ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón.

Entonces ellos contaron lo que les había pasado en el camino, y cómo reconocieron a Jesús al partir el pan.

4. Homilía- Reflexión

Hay algo en este Evangelio que nos toca muy de cerca. No es una historia lejana, ni complicada, ni difícil de entender. Es, en el fondo, una escena muy humana: dos personas caminando y hablando de lo que les ha salido mal.

Los discípulos de Emaús no están enfadados. No están gritando. No están discutiendo. Están peor: están decepcionados. Caminan con esa sensación que todos hemos tenido alguna vez, la sensación de que esperabas algo y no ha pasado.

Ellos mismos lo dicen: “Nosotros esperábamos...”

Y esa frase, si lo pensamos bien, es una de las más reales del Evangelio. Porque todos tenemos expectativas. Todos esperamos cosas: que las cosas salgan bien, que las

personas respondan como esperamos, que la vida tenga sentido, que lo que hacemos merezca la pena. Pero cuando eso no ocurre algo dentro de nosotros se apaga.

Y eso es lo que les pasa a ellos. Siguen caminando pero sin ilusión. Siguen hablando, sí pero sin esperanza. Siguen adelante pero con el corazón en “modo ahorro”. Y ahí está el detalle más importante del Evangelio: Jesús se pone a caminar con ellos. No hace un milagro espectacular. No cambia la situación de golpe. No les da una solución rápida. Hace algo mucho más sencillo y mucho más profundo: camina a su lado.

Les escucha. Les deja hablar. Les deja sacar lo que llevan dentro. Y eso ya empieza a cambiar algo. Porque hay algo que todos necesitamos: alguien que camine con nosotros cuando estamos mal. No alguien que nos dé soluciones rápidas. No alguien que nos diga “todo va a ir bien” sin más. Sino alguien que esté. Que escuche. Que no se vaya. Y eso es lo que hace Jesús.

Pero hay otro detalle curioso: ellos no lo reconocen. Jesús está ahí... y no se dan cuenta. Y esto también nos pasa a nosotros. Muchas veces buscamos a Dios en cosas grandes, en momentos especiales, en señales claras y no nos damos cuenta de que ya está presente en lo cotidiano. Está en una conversación. Está en una persona que te escucha. Está en alguien que te acompaña sin juzgarte. Está en esos pequeños momentos en los que algo dentro de ti empieza a cambiar. Pero no lo reconocemos.

Y entonces llega el momento clave del Evangelio. Después de caminar, de escuchar, de hablar... Jesús se queda con ellos. Se sienta a la mesa. Parte el pan. Y en ese gesto tan sencillo lo reconocen. Y dicen algo impresionante: “¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino?” Ahí está la Pascua.

La Pascua no es solo que Jesús ha resucitado. La Pascua es esto: cuando algo dentro de ti vuelve a encenderse. Cuando recuperas la ilusión. Cuando vuelves a confiar. Cuando algo que estaba apagado empieza a arder. Y aquí es donde este Evangelio se vuelve muy personal. Porque la pregunta ya no es qué les pasó a ellos.

La pregunta es: ¿Cómo está tu corazón ahora mismo?, ¿Está apagado?, ¿Está cansado? ¿Está funcionando en modo automático o hay algo dentro de ti que todavía arde?

Porque podemos vivir de muchas maneras. Podemos vivir cumpliendo, haciendo lo que toca, pasando los días... pero sin vida por dentro. O podemos vivir con algo distinto. Con una energía interior que no depende de que todo vaya bien. Eso es lo que cambia la Pascua. No cambia todo lo de fuera, cambia lo de dentro.

Y aquí aparece también la clave que conecta con Manyanet. Manyanet entendió que la vida no se transforma con grandes discursos... sino con presencia, con acompañamiento, con lo cotidiano. Nazaret no era un lugar perfecto. No era un sitio espectacular. Era un hogar normal. Pero allí se vivía algo distinto: se vivía el amor en lo sencillo, en el día a día, en lo pequeño. Como en Emaús.

Jesús no se revela en algo espectacular. Se revela en una mesa. En un gesto cotidiano. En algo tan simple como partir el pan. Por eso, empezar la Pascua hoy es empezar un camino. No un camino perfecto. No un camino sin problemas. Un camino en el que dejamos que alguien camine con nosotros. Un camino en el que aprendemos a reconocer a Dios en lo cotidiano. Un camino en el que poco a poco el corazón vuelve a encenderse.

Empieza cuando estás en camino. Empieza cuando no lo tienes claro. Empieza cuando incluso sin darte cuenta alguien ya está caminando contigo. Hoy la invitación es muy sencilla: No hace falta que lo tengas todo claro. No hace falta que todo esté bien. Solo hace falta que no camines solo.

Y que estés atento...

Porque puede que, sin darte cuenta, Dios ya esté a tu lado, intentando encender de nuevo tu corazón.

5. Peticiones

Hermanos y hermanas, oremos con confianza al Dios que camina con nosotros incluso cuando no lo reconocemos. Pidámosle que encienda nuestro corazón y nos enseñe a caminar con otros. A cada petición respondemos: **“Señor, enciende nuestro corazón”**

- Te pedimos, Señor, por tu Iglesia: por el Papa, por los sacerdotes, por los educadores y por todos los creyentes. Que no seamos una Iglesia distante o encerrada en sí misma, sino una Iglesia en camino, como en Emaús: cercana, que escucha, que acompaña sin juzgar, que sabe estar al lado de las personas en sus dudas y en sus búsquedas. Que sepamos transmitir una fe viva, que no apague, sino que encienda. **Roguemos al Señor.**
- Te pedimos por nuestras familias, por nuestras casas, por las relaciones que vivimos cada día. Por los momentos en los que hay tensión, incomprensión o distancia. Haz, Señor, que sepamos escucharnos más, hablarnos mejor, tener paciencia, cuidar los pequeños detalles. Que nuestras familias puedan ser ese lugar donde descansar, donde ser uno mismo, donde sentirse querido sin condiciones. Que hagamos realidad el sueño de Nazaret: hogares sencillos donde el amor se vive en lo cotidiano. **Roguemos al Señor.**
- Te pedimos por todos los jóvenes y adolescentes. Por quienes están buscando su lugar, por quienes se sienten perdidos, por quienes viven con presión, con miedo o con inseguridad. Que descubran que su vida tiene valor, que no están solos, que su historia importa. Que encuentren personas que caminen con ellos, que les escuchen, que les ayuden a descubrir lo que les hace arder por dentro. **Roguemos al Señor.**
- Te pedimos por quienes viven momentos de tristeza, de decepción o de cansancio interior. Por quienes, como los discípulos de Emaús, sienten que las cosas no han salido como esperaban. Que encuentren en su camino a alguien que los acompañe, que los escuche, que les ayude a volver a levantarse. Haznos a nosotros sensibles y disponibles, capaces de ser presencia que anima y sostiene. **Roguemos al Señor.**
- Te pedimos por nuestro mundo, tantas veces marcado por la violencia, la injusticia y la indiferencia. Por los países en guerra, por quienes tienen que abandonar su

hogar, por los que no tienen oportunidades. Que aprendamos a construir paz desde lo pequeño, desde nuestras palabras, desde nuestras decisiones, desde nuestras actitudes. Que no nos acostumbremos al sufrimiento de los demás y sepamos comprometernos con una sociedad más justa y más humana. **Roguemos al Señor.**

- Te pedimos también por nosotros, por esta comunidad, por este grupo. Para que sepamos caminar juntos, apoyarnos, respetarnos y cuidarnos. Para que no seamos personas que apagan, sino personas que encienden. Para que sepamos reconocer a Dios en lo cotidiano y vivir con un corazón que no se conforma, sino que busca siempre algo más. **Roguemos al Señor.**

6. Ofrendas

- **Vela encendida:** Presentamos esta luz, Señor. Una luz sencilla, frágil, pero constante. Representa ese momento en el que el corazón vuelve a encenderse, como en Emaús. Queremos que esta vela simbolice nuestra vida: a veces débil, a veces inestable, pero capaz de iluminar cuando se alimenta del amor. Te pedimos que nunca se apague nuestra luz interior y que sepamos ser luz también para los demás, especialmente para quienes viven en la oscuridad del desánimo o la soledad.
- **Unas zapatillas.** Te presentamos este signo del camino. Porque la vida no es un lugar donde quedarse, sino un camino que recorrer. Como los discípulos de Emaús, también nosotros caminamos con dudas, con preguntas, con momentos de cansancio. Queremos ofrecerte nuestro camino: lo que entendemos y lo que no, lo que nos ilusiona y lo que nos cuesta. Acompáñanos, Señor, para que no caminemos so
- **Una batería o powerbank.** Te presentamos esta batería, símbolo de nuestro corazón. A veces lleno de energía, a veces agotado, a veces funcionando en “modo ahorro”. Representa todo lo que somos: nuestras ganas, nuestras dudas, nuestras fuerzas y también nuestras debilidades. Te pedimos que seas Tú quien nos recargue por dentro, quien nos dé esa energía que no se acaba, esa fuerza que no depende de que todo vaya bien, sino de saber que Tú estás con nosotros.
- **El pan y el vino.** Te presentamos el pan y el vino, signos de lo cotidiano, de la vida sencilla de cada día. El pan representa nuestro esfuerzo, nuestro estudio, nuestro

trabajo, todo lo que vamos construyendo poco a poco. El vino representa la alegría, la amistad, los momentos que dan sentido a nuestra vida. Te ofrecemos todo lo que somos, para que lo transformes. Que, como el pan y el vino se convierten en tu Cuerpo y tu Sangre, también nuestra vida se convierta en entrega, en servicio, en amor.

7. Acción de gracias

“Gracias, Señor, por encender nuestro corazón”

- Gracias, Señor, por este comienzo de la Pascua. Porque nos recuerdas que la vida no termina en la cruz, que el dolor no tiene la última palabra, que siempre hay un nuevo comienzo.
- Gracias porque, incluso cuando no lo vemos, Tú sigues caminando con nosotros. Gracias por este camino que hemos iniciado. Por todo lo que hemos vivido, por lo que hemos aprendido, por los momentos en los que hemos sentido algo distinto dentro de nosotros. Gracias porque, poco a poco, vas transformando nuestro corazón, aunque muchas veces no nos demos cuenta.
- Gracias por las personas que caminan a nuestro lado: familia, amigos, compañeros, profesores. Por quienes nos escuchan, nos acompañan, nos sostienen cuando lo necesitamos. En ellos también estás Tú, haciéndote presente de una manera sencilla y real.
- Gracias por los pequeños gestos donde la vida se hace más grande: una conversación sincera, una ayuda inesperada, una sonrisa, un perdón. Gracias porque en lo sencillo, en lo cotidiano, en lo normal también estás Tú, como en Emaús, partiendo el pan con nosotros.
- Gracias porque no te cansas de buscarnos. Porque no te alejas cuando dudamos, cuando nos equivocamos o cuando nos sentimos perdidos. Gracias porque sigues confiando en nosotros, porque sigues creyendo que podemos vivir con un corazón más abierto, más auténtico, más encendido.
- Y sobre todo, Señor, gracias porque cuando nuestro corazón está apagado, Tú eres capaz de encenderlo de nuevo. Gracias porque pones en nosotros una fuerza que no sabíamos que teníamos, una esperanza que no depende de las circunstancias, una luz que no se apaga.

- Hoy queremos decirte con sinceridad: Gracias, Señor, porque **Tú haces que nuestro corazón vuelva a arder**

8. Gesto/ Dinámica

Se reparte un papel con forma de llama o corazón. Cada alumno escribe:

- Algo que le apaga
- Algo que le enciende

Después:

- lo que apaga → se dobla (no se queda visible)
- lo que enciende → se coloca en un mural común (llama colectiva)

La Pascua empieza cuando decides alimentar lo que te da vida